

CAPÍTULO III

El P. Avogadro predica la cuaresma en Viena. — Ejemplo de caridad del P. Pignatelli con un enemigo. — Ensancha la casita del Buen Consejo y pone en ella la tercera probacion. — Ministerios en la iglesia, en los presidios y cárceles. — Espíritu de recogimiento del Venerable. — Copioso fruto de las misiones. — Constancia de dos novicios. — Progresos en Cerdeña. — El general Francisco Pignatelli en Albano. — Visita del colegio de Orvieto.

1807

Hemos hablado en el capítulo anterior de la ida del P. Avogadro á la capital de Austria á predicar la cuaresma á los italianos allí residentes. La causa de este viaje fue la siguiente. El arzobispo de Viena, Monseñor Hóhenwat, y el Illmo. Severoli, Nuncio Apostólico en aquella corte¹, deseosos de que predicase la cuaresma en aquel templo un jesuíta, escribieron al P. Provincial Pignatelli pidiéndole les enviase alguno de sus súbditos, de los cuales suponían que podría fácilmente echar mano para aquel objeto en ocasion en que apenas sabría dónde colocarlos en Roma después del destierro de Nápoles.

Deseoso el P. Provincial de complacer á aquellos prelados y de fructificar en la viña de la Iglesia, insinuó la pretension

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, pág. 502.

de aquellos tan ilustres personajes al P. Avogadro; el cual con todo rendimiento y prontitud se ofreció á emprender aquel viaje con un ejemplo de obediencia que admiró á cuantos le conocían. Porque aunque era sin duda hombre sano y robusto, y estaba muy ágil, y mostraba desembarazo en todos sus movimientos y acciones en el púlpito; con todo hacían dificultosa aquella obediencia su avanzada edad de setenta y un años cumplidos y la ida á un país de clima muy fuerte, en especial para quien se había criado en Venecia, y había vivido regularmente en climas templados. Por lo cual se calificó, y no sin motivo, de loable y generosa su obediencia; y desde luego se esperó copioso fruto de sus sermones, como en realidad así sucedió.

Entretanto el P. Pignatelli ejercía en Roma toda clase de obras de caridad con los prójimos. Diole particular ocasion para ello lo que estaba ocurriendo en Nápoles, de cuyo reino tenían que desterrarse ó eran arrojadas muchas de las personas de más autoridad, por mostrarse menos afectas al intruso gobierno. El siete ú ocho de Mayo, por una supuesta conjuración, fueron presos y encerrados en el castillo de San Telmo gran número de personajes de lo más visible del reino, de los cuales fue uno el general D. Francisco Pignatelli, conde de la Acerra, esposo de la sobrina del P. José.

Esta, como en su reciente orfandad se vio con sus bienes confiscados y desterrada de su patria, determinó pasar á Madrid; y á su tránsito por Roma fue á visitar en la casita del Buen Consejo á su tío el P. José para consolarse con él. Esta sería probablemente la ocasion en que llevó consigo y entregó al Padre las reliquias del Beato Francisco de Jerónimo. Muchas fueron las visitas que le hizo ántes de partirse: y como en la casa no hubiese lugar destinado para recibimiento de señoras, arregló el Padre en el piso bajo con tablas y esteras un saloncito provisional, donde á la vista de todos recibió á la sobrina cuantas veces fue menester.

Acompañaría en este viaje á la condesa su administrador D. Gregorio de Micillis. Infiriólo de lo que dicho señor depone

en los procesos¹ acerca de la causa, que movió al P. José á dejar la casa del Jesús, y buscar otro domicilio, en que viviese con menos dependencia y sin molestar á nadie. Dice, pues, así: «Después de cuatro ó cinco meses [de llegado á Roma el Padre], con la excusa de que debían darse ejercicios á caballeros, y de no haber [en el Jesús] local suficiente, vióse obligado el Padre Pignatelli á dejar el Jesús. Entonces buscando [casa], y acercando á pasar por la calle *delle Carrette*, vio la capillita del Buen Consejo: y en aquel punto comenzó á tratar con los hermanos de la Cofradía.» Hasta aquí D. Gregorio, quien difícilmente pudo saber estas circunstancias en Nápoles, desde donde era tan difícil la comunicacion con Roma.

Entre las personas, á quienes alcanzó la desgracia, fue un cierto ministro del rey Fernando, que se retiró á Roma, destituido de todo humano socorro y reducido con su familia á la mayor miseria. Súpolo el P. José: corrió en seguida á prestarle auxilio, aprovechando esta ocasion para ejercer un bellissimo y heroico acto de caridad con uno de los mayores enemigos que tuvo en Nápoles. En efecto: como el Padre que le acompañó á visitar al noble napolitano, se admirase de la gruesa suma de dinero que el P. José le había entregado, le dijo este: «¿Habéis visto la espantosa miseria de esta familia? Pues sabed, que la cabeza de ella era uno de los primeros ministros del rey de Nápoles, y la revolucion le ha depuesto de su cargo, desposeido de cuanto tenía y expulsado de su patria: y mientras nosotros estuvimos en Nápoles, nos fue siempre hostil. Poco pensaba él que tan pronto había de tener necesidad de nuestro socorro. ¡Qué dulce es poder ejercitar la caridad con los enemigos!»

Como la casa de San Pantaleon fuese pequeña para contener el número de personas que residían en Roma, alquiló el P. Provincial otra casita, que estaba contigua á ella, y obtuvo de los cofrades del Buen Consejo facultad para poner ambos edificios en comunicacion por medio de una puerta que se abrió en la pared

¹ *Process. Neapol.*, fol. 321.

que las dividía. En esta segunda casa puso á los Padres, que, terminados los estudios, tenían que hacer la tercera probacion, «del número de los cuales,» dice el P. Luis Ferrarini, «fui yo, cuando volví de Orvieto; y me acuerdo que nos dio por Instructor al P. José Médici¹.»

Desde el momento en que la comunidad se hubo establecido en el Buen Consejo, pidió el P. Provincial á los cofrades autorización para que los Padres de una y otra casa pudiesen celebrar la misa y ejercitar los ministerios en la pequeña iglesia de la cofradía. Concediéronsela ellos, y, «después que hubo visto [el P. Pignatelli] nuestras reglas,» dice Agustín Dolcibene², uno de ellos, «para enterarse de las funciones que nosotros hacíamos, introdujo, con suma satisfaccion nuestra, la devocion del sábado; además, todas las novenas preparatorias para las fiestas de la Santísima Virgen; el octavario del Rosario, y el ejercicio del mes de María; y todos los gastos que ocasionaban estas funciones, corrían á cargo del Siervo de Dios. Además de las otras limosnas que daba en provecho de la iglesia, servíase de sus propios ornamentos, para no gastar los de nuestra cofradía. Al fallecer alguno de los jesuitas allí residentes, reconocía el derecho del párroco: el cual era llamado á hacer el funeral, y se le entregaba la cera y la cantidad tasada para el servicio fúnebre. Y recuerdo que reinaba una armonía muy grande entre los Padres jesuitas y el cura de San Salvador *ai Monti*, á quien pertenecía la casa del Buen Consejo.»

Hasta aquí Dolcibene: el cual se fijaba mucho en las acciones del Siervo de Dios, por lo extraordinario que en ellas advertía; pues hablando de sus ministerios dice³: «En la casa del Buen Consejo y en un rincón de nuestro oratorio confesaba á cuantos hombres se le presentaban: y recuerdo que los que se confesaban con él, al salir del confesonario, mostraban grande conso-

¹ *Process. Rom.*, fol. 1030.

² *Ibid.*, fol. 1216.

³ *Ibid.*, fol. 1214.

lacion y hasta derramaban lágrimas de sus ojos, y volvían con gran gusto á confesarse con él.» Añade que pagaba puntualmente los alquileres y los salarios de los trabajadores, sin que jamás se oyese queja alguna en este particular¹. Y se conoce que este buen hombre era muy familiar en aquella casa; pues se le admitía en actos de tanta intimidad como son el de haber ayudado á colocar en el ataúd el cadáver del Siervo de Dios después de su muerte; y en esta ocasion advirtió que «de habían vestido de sacerdote con alba y casulla floreada²,» como con pueril candor é ingenuidad depone en el proceso.

Grande fue el fruto que produjeron en los fieles los ejercicios que practicaban en aquel reducido templo los Padres, en especial los breves discursos morales que los sábados y el mes de Mayo se pronunciaban, atendiendo á que fuesen acomodados á la capacidad de la gente ruda, que solía asistir á aquellas devotas funciones. Fuera de casa, en atención á los tiempos que corrían, no quiso que emprendieran ministerios ruidosos; sino que se contentasen con ejercitar su celo y caridad pacíficamente y en silencio con los enfermos de los hospitales y con los detenidos en las cárceles.

Á petición del cardenal de la Somaglia, vicario de Su Santidad, se encargó de la cultura espiritual de los condenados á trabajos públicos; y la tarde del sábado y todos los domingos y fiestas del año enviaba varios Padres á instruir, catequizar y reformar las costumbres de aquella pobre gente; y en el acto de enviarlos solía decirles: «Estas son ahora vuestras misiones, estas son vuestras Indias: Dios así lo quiere, y hay que someterse á su divina voluntad.» En ciertos días más solemnes, mandaba preparar comida, y ordenaba que los Padres jóvenes de tercera probacion la llevaran á la cárcel; y él mismo solía acompañarlos con una alforja, en que llevaba pan y otras cosas, para repartirlas por sí mismo, sin omitir el darles de paso algun buen

¹ *Process. Rom.*, fol. 1219.

² *Ibid.*, fol. 1221.

aviso ó consejo; y esto hacia con modales tan dulces y de tanta modestia, que aquella turba de desgraciados le rodeaba, y con mil ademanes de reverencia y obsequio se mostraba pronta á hacer cuanto para bien de sus almas se les propusiese.

Hubiera deseado el Siervo de Dios pasar una vida enteramente oculta é ignorada del mundo en su amado hospicio de San Pantaleon, y dedicada exclusivamente al ejercicio de la perfeccion y de las virtudes en compañía de sus amados hijos; y así era que muy pocas veces salía de casa, como la caridad ó necesidad no le obligasen á hacerlo. Al cabo de mucho tiempo de habitar allí, salió un día á acompañar á uno de aquellos Padres, que estaba ciego, y tenía deseos de dar cuatro pasos y tomar el aire; y para el Siervo de Dios aquella fue la primera vez que en Roma salía de casa para dar un paseo.

Estaba habitualmente en su cuartito, ó recogido en oracion y union con Dios, ó empleado en dar salida á los negocios de su pequeña Provincia y á otros de la Compañía, que le encomendaban el General y varios Padres de diversas naciones, los cuales acudían á él desde Cerdeña, Grecia, Inglaterra y América; y por añadidura le daba no poco que hacer el contestar al sinnúmero de cartas que recibía de todas partes y á las peticiones de cardenales y obispos, que deseaban misiones y operarios para cultura de los pueblos. Siempre que le era posible, satisfacía á todos con liberalidad de corazon; y si no tenía medio de condescender á sus santos deseos, respondía con tanta humildad y con expresiones de tanto afecto, manifestando la pena que sentía por no poder complacerles, que todos quedaban doblemente obligados y con mayor estimacion y respeto del que ántes le profesaban.

Eran de gran consuelo entretanto las noticias que del abundante fruto recogido en sus excursiones le daban los dos misioneros. En Civitavechia trabajaron lo que no se puede pensar en mover á penitencia á los presidiarios, que eran en gran número; y correspondió tan perfectamente el fruto á la fatiga, que no acertaban á dar gracias á la bondad divina, que tanta copia

de celestiales bendiciones habia derramado sobre aquella pobre gente. «La mision,» escribía el P. Mozzi á 8 de Mayo de 1807, «va siempre bien, y no podremos cerrarla hasta Pentecostés. Seguimos confesando y cogiendo gran cosecha. Parece que el Señor tenía reservadas sus bendiciones para los forzados. La semana que viene irán los PP. Pizzi y Fornasari á predicar y confesar en las Salinas, donde hay ciento treinta de aquellos.»

Y á 13 del mismo mes, el P. Pizzi, rebosando tambien de consuelo, escribía al P. Pignatelli: «Envíenos enhorabuena V. Reverencia á los presidios, que tanto amaba nuestro Beato Francisco de Jerónimo; y si puede, no deje escapar la ocasion que se le presenta de evangelizar tambien á los de Ancona. Dicho sea para gloria de Dios; pero en esta mision se ha hecho en las galeras lo que ni por mitad se pudo hacer en las dos anteriores. Si V. R. hubiera tenido la suerte de encontrarse un solo día en este presidio, de seguro que no habría podido atajar las lágrimas. Las sencillas procesiones era cosa que enternecía; y por fuerza habia que llorar, al ver aquellos pobrecitos tan modestos, tan compungidos, tan devotos. Bendito sea el Señor que ha inspirado á V. R. el enviarnos á esta gente desdichada. Bien sabía el demonio por qué agotaba sus recursos para perseguir á esta mision.»

En Orvieto por obra y voluntad de Monseñor Lambruschini, tuvieron tambien los dos Padres ocasion de recibir grandes consuelos, ya por la muchedumbre de oyentes, ya por los efectos de universal conmocion y general reforma de costumbres. Segun las memorias que de aquel tiempo se conservan, en el postrer discurso de mision se contaron al pie de trece mil fieles, pues acudieron tambien de los lugares cercanos, atraídos de la fama de la santidad y elocuencia del P. Mozzi; pero este nada se atribuía á sí mismo, sino todo á las oraciones del P. José; y decía que era galardón y mérito de la obediencia la salud y robustez de que gozaba cada día mayor, á pesar de los improbables y no interrumpidos trabajos de muchos meses.

Padecía el Padre un casi habitual dolor de visceras, que á